

VIDA VIEJA, VIDA NUEVA

DESDE EL PIRINEO LERIDANO

DE Bisiberrí, junto a las Caldas de Bohí a Biszarri, en la Vall de Andorra, la toponimia vasca se extiende a lo largo del Pirineo, camino del Este, más allá de los límites navarros y aragoneses. Yo no sé de qué época histórica data este bautismo geográfico tan extendido, aunque si declaro mi frecuente comprobación de la identidad del accidente topográfico con la calificación euzkérica. En Bisiberrí, probablemente «vida nueva» en la lengua de mis abuelos, hay bajo los altos picos un prodigioso lago encantado, limpio y cristalino, claro y glacial, del que nace un torrente tan puro que bien puede llamarse «vida nueva» en poética y sencilla imagen. Mas ¿serían poetas esos primitivos pobladores de la montaña leridana que dieron tantos nombres al prodigio de su orografía?

El lago ha servido de inspiración a través de los siglos a la literatura de muchas naciones. Mas el lago de la alta montaña, tiene, quizá, otras calidades de originalidad. Sus aguas quietas, impolutas, heladas, reflejan los abetos y los abedules, las hayas y el pino negro que acompaña al monte en su ascensión hacia las cumbres rocosas en que la vegetación va extinguiéndose a medida que se enreaca el oxígeno y aumenta la erosión. La región lacustre del Pirineo leridano con sus cientos de estanques diversos, convertidos en reserva de energía a través de complicados sistemas de túneles, válvulas y tuberías forzadas, es uno de los más sorprendentes espectáculos naturales quizás, todavía, desconocido para muchos españoles.

El hombre moderno, alejado por la vida urbana de la naturaleza, redescubre en la montaña los vínculos profundos que le atan como animal vivo al entorno vegetal y zoológico del que forma parte, como especie, desde hace cientos de miles de años, en sucesivas versiones de «homo erectus», «faber», «habilis» y finalmente «sapiens». La cultura acompaña al hombre desde su comienzo y se influyen recíprocamente cultura y naturaleza para estimular al «sapiens» a evolucionar. En la montaña es interesante notar las reacciones de cada persona en contacto con el medio ambiente pristino, en su desnuda grandeza. Mis acompañantes veían el fantástico valle de las Aigües Tortes con sus canales rumorosos y entrelazados a la sombra de los abedules o el imponente panorama del Estangento o el misterioso temblor de las aguas del San Mauricio al pie de la Chimenea de los Encantats, a través de criterios diversos, como corresponde a la pluralidad de los seres. Había quien, aficionado y conocedor profundo de la flora y fauna locales, nos definía los géneros y las especies de árboles y plantas y el área que ocupan la perdiz blanca, el urogallo, el rebeco o el lizar. O nos refiere con detalles impresionantes, la senilidad de los últimos años del buitre pirenaico, longevo extraordinario, a quien los descendientes preparan un inmenso nido final en la roca, especie de apartamento de lujo para el trance postrero, que no bien cumplido, provoca la inmediata e implacable destrucción del viejo carnívoro, devorado por sus familiares más jóvenes. Un guarda me dio noticia de los últimos osos

abatidos cerca del Lago Negro hace ya bastantes años. El historiador ve en las montañas y en los ríos fronteras remotas entre los Condados medievales de Pallars, de Ribargoza y de Urgell. El artista, los campanarios erguidos, finos, de tendencia lombarda, donde aflora el románico simbolista y esotérico en cada pueblecito montañoso. El médico —que es un sociólogo en activo, como casi todos los que ejercen en el área campesina— nos habla de las despoblaciones de masías y lugares, por la dificultad, cuando no la imposibilidad, de encontrar mujeres que quieran afrontar la dura y fatigosa responsabilidad del matriarcado agrario. El abogado adivina los pleitos a que dan lugar las capitulaciones conyugales o el fruto común de pastizales o bosques que pertenecen al municipio. ¡Cuántas cosas diversas en un sólo macizo montañoso! La riqueza antigua del monte era el ganado y la madera. Los grandes rebaños van desapareciendo por mor de la Ley de pastos y la renta económica más importante proviene hoy de kilovatio y del «ski», ambos fundamentados en un mismo principio: el desnivel topográfico. La mutación de la sociedad española es profunda y acelerada. Los vacíos que deja el desequilibrio que trae consigo el desarrollo habrá que llenarlos con nuevas iniciativas hechas con audacia e imaginación. El inventario económico de un país no ha de ser sólo estadístico y estático, sino dinámico y futurible como todo proyecto de vida en común. La reordenación de comarcas; la agrupación de cultivos y explotaciones; el aprovechamiento y distribución de la renta que originan las nuevas riquezas, ¿no sería ya un programa considerable de porvenir? Más ello nos enlaza con la neurálgica cuestión de qué país vamos a hacer entre todos, y si ha de ser entre todos, por qué camino, la opinión y la voz de la gente ha de ser escuchada, articulada, tenida en cuenta, en las directrices de gobierno a escala local, regional y nacional.

Desde el Noguera Pallaresa, cuyo origen remontamos hasta más allá del confin de Tabascán, en el paraíso de Bohabi, pasamos a la cuenca del Segre en demanda del Urgellet. Aquí, plantados frente a la Seo de Urgel están los reducidos defensivos de la Torre Solsona, del Castillo de la Ciudadela, que sirvieron desde los tiempos del primer milenario hasta los años y las huestes del obispo Caixal para proteger la ciudad fronteriza. Un abuelo mío fue oficial liberal en el ejército de Martínez Campos cuando vino con sus divisiones, su artillería y su enorme impedimenta a liquidar el postrer reducto de la guerra fratricida. Solía contar, en las veladas familiares, la impresión que le causó contemplar la salida de la guarnición carlista, capitaneada por el obispo, con su ancha teja y su bastón, a la cabeza de aquel puñado de valientes. Ellos, los liberales, presentaron armas en honores de guerra a los hombres enemigos y a sus banderas. Al fin y al cabo, los colores de las banderas eran iguales y originados en las barras de Aragón y Cataluña. El viejo don Arsenio, con su perilla y su ros,

presenciaba a caballo el histórico desenlace, conmovido a pensar de su aparente rudeza, por la sobria dignidad del desfile de los vencidos.

Recorro las ruinas del castillo que hace poco enajenó el patrimonio castrense. ¡Qué cerca y qué lejos, la efeméridel Y ¿por qué no intentar en todo o en parte de aquel reducto —un fuerte a lo Vauban— un pequeño museo de las guerras civiles decimonónicas? Al fin y al cabo en Urgel puede decirse que comenzaron, con la célebre Regencia, que fue ya un anticipo de la profunda y dolorosa disensión. Y en la Seo terminó la segunda guerra, restaurada ya la Monarquía de don Alfonso XII. Los descendientes del vencedor y los del jefe carlista, Lizárraga, cooperarían con gusto, creo yo, a un homenaje perenne a la memoria de ambos y cabría reunir ingente material iconográfico, militar y documental para lograr un museo atractivo interesante, ilustrador, en lo que queda en pie de la fortificación.

Después de saludar al co-príncipe y visitar el importante museo episcopal pasamos a la Vall de Andorra invadida por el turismo, el cemento y el comercio diferencial. Pero dentro de lo específicamente andorrano, ¡que sustanciosa tradición viva la de sus instituciones medioevales! Los consejeros que deliberan, los síndicos que dirigen, los vegueros que ejecutan, los co-príncipes que rigen, los tres mil ciudadanos plenarios que, a través de las parroquias, votan. Y aún más llamativo el tribunal de justicia en que no actúan abogados, sino solamente «parladores» que aclaran, explican y exponen los hechos para que los jueces decidan. Hay relativamente pocos delitos en el Principado, pero las garantías humanas del detenido son totales por expreso mandato del soberano. La Casa de los Valles, gustosamente restaurada, tiene algo de arón antiguo dentro del cual se conservan los tesoros de un linaje. Es como contemplar un trozo de la España antigua funcionando en medio de la vorágine de la sociedad de consumo que sólo atiende a su interés material.

«Bisi-zarra», otro rincón de los Valles de Andorra flanqueado de cascadas, exhibe también la toponimia vascona. «Vida-vieja». ¿Es vieja la forma de regirse la pequeña comunidad independiente del Pirineo? ¿Hay realmente una vida nueva y una vida vieja? O ¿es más bien la vida un todo fluyente dentro del cual existimos? Henry Miller escribía que la vida es como un torrente impetuoso que arrastra y amontona esos cantos rodados que nuestra vanidad se empeña en llamar historia. Del Pirineo leridano he vuelto, después de unos días inolvidables, habiendo aprendido historia, geografía y buen número de cosas que pasan en España todos los días y que lentamente van cambiando su piel.

José María DE AREILZA

DE «LOS MISERABLES» ACA

El colchón y sus aplicaciones

HUBO un tiempo en que el colchón tuvo una curiosa importancia «política». Ya casi lo había olvidado. No hace falta remontarse a la época de «Los miserables» para datar el fenómeno, desde luego: los ancianos actuales lo vieron con sus propios ojos. Pero hojeando el novelón de Víctor Hugo tropiezo con una frase enfática, casi lírica, que evoca la ya jubilada función «militante» de la eternecedora pieza doméstica. Nada más pacífico que un colchón. De hecho, encarna las mejores perspectivas de la delicia cotidiana: el sueño y el epitafio (y acéptenme ustedes el eufemismo). Y me quedo corto: sobre el colchón se nace y sobre el colchón se muere, si hay suerte en ambos casos. La familia es una institución centrada sobre este objeto más o menos mullido: el descanso, la reproducción, la enfermedad, la despedida final. Y, sin embargo, también sirvió de instrumento en las luchas civiles. Era la época de las barricadas callejeras. Las ciudades del Ochocientos y del primer tercio del XX permitían montar barricadas: el pavimento de adoquines era fácil de desmontar y proporcionaba materiales resistentes, y el vecindario nos complementaba con sus propios muebles, y entre éstos, el colchón. Se trataba de trincheras ingenuas, y sólo muy raramente aguantaban hasta la victoria. En todo caso, fueron eficaces.

«Resulta inhumano que un colchón tenga tanto poder», escribía en «Les Misérables». ¿Con ironía? «Triunfo de lo que se dobla frente a lo que fulmina», añade. Sin ironía, estas últimas palabras, con su aire epigráfico, constituyen un bello ejemplo de idiotex romántica. Llamarlo «triunfo» contradecía la experiencia histórica más inmediata. A lo sumo, «lo que se dobla o pliega» —traduzco a mi modo: «ce qui plie»—, o sea, el colchón, podía parar balas, incluso algún obús menor, es decir, «ce qui foudroie», lo que fulmina. De ahí no se pasaba. Pero Hugo, bien mirado, no dejó de tener razón: estaba en lo cierto, de algún modo. ¡Gloria al colchón que anula al cañón!, concluía. En su época, unos jergones intercambiados entre cascotes y adoquines servían de mucho: de parapeto serio. El descontento popular siempre —o casi siempre— fue ciego y espontáneo en sus estallidos, y cuando adoptó los caminos de la violencia hubo de encararse con los dispositivos armados del Orden Público, que naturalmente le superaba en perrechos y en tácticas. No han cambiado las cosas. O han cambiado, sí, y más de lo que Víctor Hugo podía imaginar: el cambio supone una ventaja creciente para la fuerza de vigilancia y de castigo. El colchón perdió su papel «revolucionario».

Mientras los contendientes estuvieron relativamente igualados en recursos, la batalla subversiva se desarrolló con afables irrisaciones heroicas. La mitología épica de las revueltas del siglo pasado da la medida del asunto. La espingarda ocasional, un pistólón aleatorio, el cuchillo de monte, un petardo improvisado, podían «compararse» con el instrumental del otro lado. Los soldados y la policía manejaban entonces artefactos todavía poco superiores en eficacia a los esgrimidos por la multitud, y un colchón doblado era suficiente para «anular» el disparo de un cañón, como decía el novelista. Esto terminó. Hoy día, en todas partes, este tipo de conflictos se plantea en otros términos. Ya no son posibles las barricadas de estilo tradicional. Y las últimas, en el París del mayo del 68, no emplearon colchones: se encastillaron en la chatarra de coches utilitarios y muebles de Facultad, cosas tremendamente vulnerables. Cuando los guardias utilizan gases, autos blindados, lanzallíquidos, helicópteros, Ibeemes, el arsenal contestatario lleva las de perder. En todo caso, los colchones no tienen nada que hacer en el embrollo. Por lo demás, también los colchones han variado de consistencia: dejaron de tener la compacidad impenetrable de la borra, de la márfega primaria, de la lana apretada. No abusaré del dato, por supuesto. Nada más lejos de mi propósito que erigir al colchón en factor decisivo de la vida colectiva. Pero... Los eruditos de cosecha y demografía, que tienden a explicar la «historia» desde el profundo pozo de las «estructuras», acostumbran a desdénar lo que para ellos sólo son trucos de superficie. El colchón, entre más cosas. Y se equivocan. Pensemos en la diferencia de «armamento» entre una circunstancia victorhuguesa y cualquier hipótesis de ahora: la colisión es desequilibrada. Ni siquiera la maniobra de los «cócteles Molotov» representa algo más que una picadura de mosquito en la epidermis del cuerpo social. Molestan, se aplican «insecticidas» y todo es nada entre dos platos. Obsérvese que las posibilidades del terrorismo han derivado hacia planos aún indefensos: los secuestros de aviones y algún que otro sabotaje refinado. Las mismas «guerrillas urbanas» iberoamericanas sólo sobreviven porque el aparato estatal de represión es tan paleolítico como ellas. Guste o no, el hecho es éste... La «polémica» entre los de arriba y los de abajo queda congelada al nivel que insinúa. Lo cual es verificable en cualquier rincón del mundo: capitalista o socialista, colonial y ex colonial, con banderas de un color o del otro... En los espacios paleolíticamente agrarios ocurrirá lo que Dios quiera —fue en Argelia, fue en el Vietnam—, pero eso es otra cuestión.

No estaría de sobra que la gente de pluma dedicada al «análisis de la realidad», sean historiadores, sean panfletistas, aceptasen la evidencia de que el garrote, el trabuco, el fusil, la bomba atómica, el napalm, también forman parte del repertorio de los «modos de producción». Soy muy aficionado a leer papeles de esta índole, y advierto que, por lo general, sólo se atiende a las epidemias, al juego económico de base, a las aventuras del dinero, y se concede poca importancia a la bombardera, al pedregal, al colt, a la metralleta— y descarto, provisionalmente, lo que, por tierra, mar y aire se premedita para fricciones internacionales. Que me digan que lo uno depende de lo otro no aclara nada. O lo aclara todo, a partir de un determinado momento: el momento en que se rompe la «igualdad de oportunidades». Espingarda contra espingarda: fue la toma de la Bastilla. Todo lo demás depende de ello: el empuje de la burguesía, María Antonieta, las hambres rurales, la Ilustración, la flaccidez del feudalismo, etcétera. Me temo que, en el futuro, no habrá muchas bastillas susceptibles de ser tomadas. Ni en Washington ni en Moscú, y menos en París o en Pekín. Entiéndase por «Bastilla» un emblema genérico, que nunca falta. Los asaltantes de la fortaleza perderán irremisiblemente la partida.

Y me permito ir aún más allá. La incidencia del colchón en la «historia» no se limita a sus oportunidades defensivas en cualquier algarada demoliberal, caduca por definición. Más y antes que eso, el colchón es un simple colchón: un sitio blando y elástico donde uno puede echarse con intenciones diversas, y plausibles la mayoría de las veces. Hoy todo el mundo dispone de un colchón, propio o alquilado. Hablo del «todo el mundo» directamente incluido en la Civilización Occidental y Cristiana. Las zonas gentiles y no-aristotélicas quedan fuera de mi comentario: lo complicarían demasiado, y exceden mi intención. Vuelvo al tema: el colchón de origen aproximadamente europeo. Conviene tener presente que se trata de una novedad, o, al menos, de una comodidad de confusa expansión. Hace escasamente cien años, grandes masas de nuestra gente —mis bisabuelos, sin ir más lejos— dormían y holgaban, parían y morían, sobre montones de paja o sobre sacos rellenos de perfollos. El colchón como Dios manda fue privilegio de los ricos, y a menudo, de los muy ricos, a quienes cabía atribuir la mollicie absoluta. Todavía flota en la fantasía de los cuentos infantiles al drama de aquella princesa que se sintió molesta por un guisante metido bajo no sé cuántos colchones...

Sea de Grimm o de Andersen, o de quien fuere, que no lo sé, la anécdota de la princesa

y el guisante es muy significativa. Da la medida de las gracias del colchón, en una hipóbole fantástica. Desaparecieron los colchones de plumas, sólo atribuibles a personajes de cuento. Y no hay más remedio, de paso, que preguntarse qué colchón fue el de Carlomagno, el del Dante, el del primer Fúcar, el de Erasmo, el de Newton, el de Luis XV... Nuestros antepasados por conspicuos que fuesen, durmieron, procrearon y fallecieron sobre «colchones» amargos, grumosos, de orografía penosa. La difusión de la lana, hasta donde alcanzó, puso una cierta alegría en el material. Ignoro cuándo empezó la cosa. El hecho de que algunas órdenes religiosas de frenética austeridad incluyesen en su regla la obligación de yacer sobre tablas o losas da a entender que unas sábanas y un leve sustrato almohadillado bastaban para suponer un reposo voluptuoso. Actualmente, el colchón es fácil de fabricar: con muelles, con fibras sintéticas, con diseños presuntamente anatómicos, el colchón se ha convertido en un elemento tan imprescindible en el domicilio como la silla, el plato o el vaso. En el siglo XIII, en el XV Incluso, la silla, el plato, el vaso y el colchón «individual» eran excepción...

Eran excepción todavía en el XVIII. Conveniría puntualizar la trayectoria. La democratización del colchón podría revelar el curso de la misma Democracia: la burguesa, claro está. Hay que leer a Balzac, a Dickens, a Tocqueville, a Adam Smith, a Rousseau, a Goethe, a Tolstoi, y pensar simultáneamente en los colchones. El cálculo nos sume en la perplejidad o en la indignación. La verdad es que, ahora, ya no hay pareja sin colchón, o poco menos. El colchón ingresa en el cuadro de las exigencias mínimas —digamos: sindicales— de la multitud. Y esa multitud no concibe que el colchón pueda aplicarse a una barricada. En el fondo, para los usuarios del dulce colchón industrial de nuestros días, la idea misma de barricada constituye una entelequia arcaica y horrida... No en balde los políticos contemporáneos —con independencia de su color doctrinal— procuran difundir el colchón hasta el máximo posible. Saben que el colchón no será empleado para el incendio. Mejorar y abaratar los colchones es la «democracia», para blancos y rojos. Y lo es. No toda la «democracia», pero su premisa. Quizá su verdadera premisa era que el colchón no fuese necesario para parar balas...

Joan FUSTER